

Los mejicanos miraron la nueva exigencia con manifestaciones de la mas profunda repugnancia; pero comprendieron que aun no estaban en disposicion de oponerse á los caprichos del soberano de quien eran tributarios, y obedecieron fielmente la disposicion del rey de Azcapozalco, logrando, con exactitud matemática, que los polluelos salieran de los cascarones en los instantes mismos en que la flotante huerta penetraba en la ciudad de aquel sagaz soberano.

Viendo fracasar sus esperanzas y salir fallido el proyecto de hacer abandonar á los mejicanos el sitio que ocupaban, recurrió á otro medio que acarició como conducente al fin de su deseo. Lisonjeado por la idea que habia concebido, les ordenó que en el año próximo condujesen igual número de objetos, á los cuales habian de agregar un venado vivo.

Este último precepto era altamente comprometido para los mejicanos. Los puntos de la laguna no abrigaban venado ninguno; y para cazarlo, era preciso que se dirigiesen á territorios de otras tribus, que por aquella infraccion del derecho, podrian declararles la guerra (1). Sin embargo, se comprometieron á cumplir lo ordenado; y con efec-

cepto le han calificado así porque solo juzgaron el hecho sin analizar la intencion del pensamiento. En mi concepto, lejos de merecer esos calificativos, es acreedor á los de sagaz y penetrante.

(1) Clavijero dice que esta orden era «difícil de cumplirse, porque exponia á los mejicanos al evidente peligro de encontrarse con sus enemigos.» Esto viene á comprobar que el rey de Azcapozalco se valia de los medios, ya que humillasen, ya que aterrassen, para lograr su objeto, pues la presentacion del venado, por sí sola, no hubiera sido menos pueril que la de las aves. Pero en esta trató el soberano de Azcapozalco de hacer intolerable el precepto por la humillacion; en la del venado por el temor de provocar guerras con los vecinos.

to, venciendo todas las dificultades, lograron llevar, en el tiempo señalado, lo que se les habia pedido.

El rigor y la arbitrariedad desplegados por el soberano chichimeca, poniendo obstáculos al adelanto de los mejicanos, llenaban de satisfaccion á los tlatelolcos que, con la ruina de aquéllos, esperaban engrandecerse y ensanchar sus límites.

Nuevos impuestos y nuevas exigencias siguieron á los hasta entonces señalados; impuestos y exigencias que fueron satisfechos por los mejicanos.

Sensible le era al rey mejicano Acamapitzin, ver la manera altanera con que el soberano tepaneca aumentaba el tributo y las dificultades de satisfacerle; pero la falta de recursos en que todavía se hallaba la ciudad para armar un numeroso ejército, y el temor de que la resistencia á cumplir con lo que se les pedia, diese por resultado mayores injusticias y exigencias, le resolvió, de acuerdo con el consejo de la nobleza, á entregar, en el tiempo debido, lo que se le pedia á la nacion.

Al profundo pesar que le causaba al sensible Acamapitzin ver á sus vasallos precisados á sufrir las vejaciones del injusto soberano tepaneca, se agregaba la honda pena de no tener sucesion de su bella esposa Tlancueitl, hija, como á su tiempo dije, del señor de Coatlichan.

El rey mejicano Acamapitzin, teniendo la falta de sucesion como una desgracia, contrajo segundo matrimonio con la jóven Tezcatlamiahuatl, hija del señor de Tetepanco, sin dejar por esto á su primera mujer, cuyas virtudes se complacia en admirar.

No era menos recomendable por sus bellas cualidades

la segunda consorte que la primera; y esta identidad de sentimientos nobles, hizo que las dos viviesen siempre en la mas completa armonía, y con el cariño íntimo de dos verdaderas amigas.

Del segundo enlace tuvo el rey mejicano varios hijos, entre ellos á Huitzilihuitl y Chimalpopoca, que fueron esmeradamente cuidados por las dos esposas, desvelándose la primera en la educacion del primero de los dos príncipes mencionados, con un cariño de verdadera madre. De las hijas, la más notable fué Natlalcihuatzin, en quien reunió la naturaleza sus más bellas dotes.

Además de las dos mujeres legítimas, el rey tuvo, como tengo dicho, otras varias, aunque no elevadas á la categoría de reinas; entre las cuales se contaba una esclava de quien tuvo un hijo llamado Itzcoatl, que llegó á ser uno de los reyes mas notables que registran los anales del Anáhuac.

El amor hácia sus vasallos y el deseo de legar al que le sucediese en el mando, un trono menos penoso que el que él ocupaba, le hizo redoblar sus esfuerzos en el engrandecimiento de la ciudad á que estaba reducido entonces todo el reino mejicano. Alentados los nobles y los plebeyos con el ejemplo de su rey, edificaron varias casas de alguna importancia, construyeron gran número de canoas, se aumentaron los huertos flotantes, se hicieron nuevos puentes, y la población creció notablemente respecto de habitantes.

A la satisfaccion que le causaba la buena marcha de los negocios públicos, se agregó la de ver pedida la mano de su hija Natlalcihuatzin para el príncipe Ixtlilxochitl,

hijo de Techotlalla, rey de Acolhuacan. Esta union, que se celebró con satisfaccion de todos, juzgó que seria de buenos resultados para su patria, pues constituia un lazo de alianza entre las dos naciones.

El rey Acamapitzin, despues de haber trabajado con infatigable celo por el engrandecimiento de la ciudad y por el bien de sus vasallos, cayó gravemente enfermo. Pronto conoció que el último instante de su vida se acercaba; y animado de los más nobles sentimientos, convocó á los magnates del reducido reino, que acudieron inmediatamente á su llamamiento. Al verles reunidos, Acamapitzin, despues de recomendarles en un breve, pero sentido discurso, que velasen por el bien y la felieidad del pueblo, y de encomendar al cuidado de ellos el porvenir de sus mujeres y de sus hijos, terminó diciendo que la corona que habia recibido de sus manos, se la volvía para que la colocasen en las sienes del hombre que juzgasen mas digno para gobernar; que llevaba al sepulcro la pena de dejar á la nacion tributaria de los tepanecas; que habia hecho cuanto habia estado de su parte por sacarla de aquel triste estado de tutela; pero que lo que no habia logrado conseguir él, esperaba que lo alcanzase bien pronto el hombre que le iba á suceder en el mando.

1389. Poco despues de este discurso, el rey Acamapitzin dejó de existir, en 1389, á los treinta y siete años de haber sido elevado al trono.

Muerto el monarca mejicano, la nacion estuvo gobernada por los consejeros durante cuatro meses; tiempo que transcurrió en arreglar el número de electores, en establecer las ceremonias de la coronacion, y en deli-

berar sobre cuál de los hijos del finado rey debía ser elevado al primer puesto de la nacion.

Se establece que sean cuatro los electores para elegir rey. Despues de varias conferencias verificadas entre los consejeros, relativas al número de electores que debian nombrarse para la eleccion de soberano, el punto se terminó satisfactoriamente para todos, quedando desde entonces establecido lo dispuesto por ellos. Se crearon cuatro electores, generalmente de la sangre real, que perteneciesen á la primera nobleza, y en los cuales concurriesen las recomendables cualidades de prudencia, probidad y saber. En estos electores tenia depositada su confianza la nacion, y en el parecer de ellos se comprometian los sufragios de todo el reino. El empleo de elector acababa en la primera eleccion que hacian, y en seguida se nombraban nuevos electores, ó se reelegian los mismos, por votos de la nobleza. Si alguno de los electores moria durante la vida del rey, se elegia otro que le reemplazase, y que, como aquél, debía ser nombrado por la nobleza.

1389. Reunidos los cuatro electores elegidos por Huitzilihuitl, 2.º rey de Méjico. la nobleza, el mas caracterizado de ellos tomó la palabra, recomendando que en la eleccion obrase la conciencia y no el afecto á determinadas personas. El discurso fué escuchado con muestras de aprobacion; y procediéndose en seguida á la eleccion, resultó electo á quien por derecho de primogenitura le correspondia, el príncipe *Huitzilihuitl*, que significa *ave de ricas plumas*.

Los electores, satisfechos del resultado que juzgaban conveniente para el país, se dirigieron, acto continuo, á la

casa del nuevo soberano; le llevaron al *tlatocaicpalli*, que era el trono ó silla real; le pidieron que se sentase; le ungieron; le ciñeron sus sienes con el *copilli* ó corona, y en seguida le protestaron todos vasallaje y fidelidad.

Elevado una vez al trono, la nobleza pensó que seria altamente conveniente para el Estado casarle con una hija de Tezozomoc, rey de Azcapozalco, que entonces gobernaba á la nacion tepaneca. Para no exponerse á sufrir otro ofensivo desaire como el que sufrieron del anterior monarca cuando trataron de dar esposa al rey Acamapitzin, dispusieron que pasase á ver al soberano tepaneca una comision compuesta de las personas mas nobles del reino, la cual debía hacer la peticion con las mas altas demostraciones de sumision y de respeto.

Los mejicanos piden al monarca de Azcapozalco la mano de su hija para su rey. La comision nombrada marchó inmediatamente á Azcapozalco, y admitida á la presencia del monarca tepaneca, le expuso la peticion en términos los mas lisonjeros. El rey tepaneca, seducido así por la elegante forma del discurso, no menos que por la respetuosidad que entrañaba en el fondo, se manifestó dispuesto á obsequiar el deseo de los mejicanos, y entregó su hermosa hija Ayauhcihuatl á los enviados, para que la llevasen á su soberano.

Se casa el monarca mejicano con la hija del rey de Azcapozalco. Conducida la jóven princesa á Méjico con las mas altas consideraciones, se hicieron inmediatamente los preparativos para la boda, y el casamiento se verificó en medio del regocijo general, y con la ceremonia acostumbrada de atar la extremidad de la ropa de los dos novios.

Profundo disgusto experimentaron los tlatelolcos al ver

el favor dispensado por el rey tepaneca á los mejicanos, á quienes su antecesor les habia vejado y ofendido por consejo de ellos; pero tuvieron que devorar en silencio su disgusto, en tanto que los mejicanos se entregaban á la esperanza de un favorable porvenir.

Los beneficios producidos por aquella alianza se dejaron sentir bien pronto en la sociedad mejicana.

Un año llevaba la hermosa Ayauhcihuatl de haberse unido al rey de Méjico, cuando dió á luz un hijo á quien pusieron por nombre Acolnahuacatl.

La jóven reina pidió entonces á su padre el monarca tepaneca, que relevase á los mejicanos de las fuertes gabelas á que habian estado sujetos hasta entonces. El rey Tezozomoc, sensible al ruego de su hija, se apresuró á concederle el favor que pedia; y los mejicanos solo quedaron obligados á entregar dos ánades cada año, como señal únicamente de que se reconocian por feudos del soberano de Azcapozalco.

Segundo matrimonio del rey de Méjico. Mucho habia mejorado la posicion de los mejicanos con este enlace, pues por él se veian libres de los gravosos tributos, y se habian disminuido además las arbitrariedades de los súbditos tepanecas. Sin embargo, el rey Huitzilihuitl aspiraba á dar á su corona el mayor brillo y respetabilidad posible; y animado de esa noble ambicion que juzgó fácil realizar por medio de nuevas alianzas de familia, pidió al señor de Cucuhnahuac la mano de su hija Miahuaxochitl. La solicitud del soberano azteca fué obsequiada inmediatamente, y las bodas se celebraron con notable pompa y grandes regocijos.

De este segundo matrimonio tuvo un hijo llamado Motezuma, *Ilhuicamina*, que brilló mas tarde como el astro sin rival de los monarcas que ocuparon el trono de Méjico.

La nacion que mas benévola se manifestaba á los mejicanos, era la de los acolhuas, cuyo nombre habian adoptado los reyes chichimecas, como tengo referido ya, desde que se operó la fusion de las dos tribus. Desde el primer rey chichimeca Xolotl, hasta Quinatzin que fué el cuarto, las órdenes dadas á los señores tributarios suyos, eran recomendando que se les tratase con deferencia, y que se les dejase establecer en el sitio desocupado que mas les conviniese. Cierto es que los mejicanos sufrieron, á pesar de esas recomendaciones, la esclavitud del injusto Coxcox, régulo de Colhuacan; pero de esto no debe culparse á los soberanos chichimecas ó de Acolhuacan, como les llamaremos en lo sucesivo, sino al abuso del poder que ejercian los régulos, sin que el soberano de quien se reconocian tributarios tuviese la facultad de impedir que hiciesen la guerra á un Estado ó reino contrario.

Cuando los mejicanos eligieron por rey al noble jóven Acamapitzin, aun reinaba Quinatzin, que fué el cuarto soberano chichimeca que estableció definitivamente la corte del reino de Acolhuacan en la ciudad de Texcoco. Con satisfaccion vió este monarca empezar á fundar la ciudad de Tenochtitlan por los mejicanos, elegir por primer rey á Acamapitzin, y dedicarse á las mejoras de la nueva poblacion.

Cinco años despues de la coronacion del monarca mejicano, esto es, en 1357, murió Quinatzin, sin haber ofendido jamás á los mejicanos, y subió á ocupar el trono

de Acolhuacan su hijo Techotlalla ó Techotlalatzin, en quien dejó interrumpida la historia de los reyes chichimecas, para ocuparme de las vicisitudes sufridas por los mejicanos hasta aquel reinado.

El monarca Techotlalla no desdijo de la conducta benévola observada con los fundadores de la ciudad de Méjico, por los soberanos chichimecas que le precedieron. Los mejicanos, por su parte, se manifestaban agradecidos á la conducta leal de los reyes de Acolhuacan; y unos y otros se hallaban en las mejores condiciones para favorecerse.

Pronto tuvo motivo el rey de los acolhuas para convivirse de la buena amistad de los mejicanos.

Rebelion de Tzompan, señor de Xaltocan, contra su soberano el rey de Acolhuacan. Despues de treinta años de haber gobernado á sus pueblos con admirable acierto y sin que se notase el mas leve síntoma de descontento en todo el reino de Acolhuacan, se dejó escuchar el grito de rebelion dado por Tzompan, señor de Xaltocan. El hombre que acababa de encender la tea de la discordia contra la corona, era el último descendiente de Chiconcuauhtli, uno de los tres príncipes acolhuas, á quienes el rey chichimeca Xolotl, no solamente les recibió con distinguidas muestras de cariño, sino que les dió por esposas á sus hijas, dándoles en seguida el mando de tres Estados.

Profundo fué el pesar que recibió el monarca Techotlalla, al ver rebelarse contra él á quien descendia de una persona de las mas dignas que habian pisado el suelo del Anáhuac; y no queriendo verse en la penosa necesidad de castigar á quien descendia de un hombre que se hizo amar por sus virtudes, le amonestó para que abandonase la ac-

titud hostil que habia tomado, al mismo tiempo que disponia su ejército para marchar á batirle en caso de que continuase en su rebeldía.

El rebelde señor de Xaltocan resolvió llevar adelante su pensamiento contra el rey de Acolhuacan; pero considerándose débil para llevar á cabo por sí solo la empresa que habia acometido, invitó á los señores de los Estados de Otompan, Meztitlan, Cuahuacan, Tecomic, Cuauhtitlan y Tepotzotlan á que secundasen su grito. Contentos admitieron la invitacion; y pronto, reunidas las fuerzas de todos los confederados, se presentaron amenazantes y formidables.

El rey Techotlalla, tratando de evitar á todo trance el derramamiento de sangre y los terribles males de la guerra á sus pueblos, volvió á enviar unos comisionados, suplicando al caudillo de la revolucion, lo mismo que á los señores que se le habian unido, que dejasen las armas y se sometiesen, pues les prometia olvido y perdon.

La contestacion del ambicioso Tzompan, fué altamente insolente.

Techotlalla, rey de Acolhuacan, solicita el auxilio de los mejicanos. Ofendido por ella el prudente soberano de Acolhuacan, se propuso castigar á los rebeldes, y solicitó el auxilio de los mejicanos y de los tepanecas.

El monarca mejicano Huitzilihuitl, comprendiendo qué de la campaña á que se le invitaba podria atraerse el favor del rey Techotlalla, envió todas las tropas que pudo reunir, y pronto se dió principio á las operaciones de la campaña.

La guerra fué obstinada, y transcurrieron varios meses dándose batallas muy sangrientas con éxito vario; pero